

El porvenir de la izquierda en México*

Jaime Sánchez Susarrey

No se puede reflexionar sobre la izquierda en México sin tener presente tres hechos fundamentales: 1) la hegemonía de la lógica jacobina en el conjunto de las organizaciones socialistas y en las tendencias radicales de la Revolución Mexicana; 2) la débil inserción de los socialistas en las organizaciones obreras y campesinas; 3) la fragmentación y las constantes escisiones de los movimientos marxistas. Otro fenómeno que hay que considerar es la reciente convergencia de los socialistas con los priistas disidentes. Y, finalmente, en el plano internacional, el hundimiento del socialismo real y la crisis del paradigma socialdemócrata. No hay ningún movimiento socialista o comunista, con las lamentables excepciones de Fidel Castro y el Partido Comunista Chino, que no haya sido afectado por los cambios en Europa del Este y en la URSS.

¿Qué perspectivas y retos tiene por delante la izquierda en México? Hay que decirlo de entrada: las perspectivas dependerán de que sepa resolver su crisis de identidad y logre superar la fragmentación ideológica en la que se encuentra. Su futuro es más incierto que antes. Hace 20 años las cosas parecían claras. Se pensaba entonces que bastaba con aplicar correctamente el marxismo y trabajar en la construcción de un partido revolucionario. Hoy esas recetas son inoperantes.

Conviene, antes de comenzar, precisar qué entiendo por izquierda. Según Adolfo Gilly, la izquierda está constituida por "las corrientes de ideas (y sus respectivas formas organizativas: partidos, movimientos o tendencias) que proponen una reorganización socialista —es decir, no fundada en el capital, la ganancia, la propiedad privada y la expansión de la acumulación capitalista, sino en el trabajo, la solidaridad, la propiedad colectiva y la planificación económica— de la sociedad mexicana".¹ Esta definición tiene la ventaja de ser precisa: la izquierda se reduce a las corrientes socialistas. Sin embargo, es insuficiente para el análisis histórico. En nuestro país ha habido corrientes que se asumen de izquierda, pero que nunca postularon un programa socialista. En esa tendencia se puede ubicar, por ejemplo, a Lázaro Cárdenas. Su pensamiento y sus postulados se inspiraron en la Revolución Mexicana y no en la Revolución de Octubre. Por eso el término de izquierda debe incluir a las diferentes tendencias socialistas pero no agotarse en ellas. Éste no es un mero litigio conceptual. No lo es por razones obvias: en el Partido de la Revolución Democrática, de izquierda, convergen hoy esas dos tradiciones. La unificación de los socialistas y los neocardenistas fue posible gracias a que comparten una misma cultura política.

* Ponencia presentada en el seminario "El futuro de la izquierda", organizado por el Centro de Estudios para un Proyecto Nacional y la Fundación Friedrich Ebert. Ciudad de México, 22, 23 y 24 de julio.

¹ Adolfo Gilly, "Los dos socialismos mexicanos", *Nexus* 108, diciembre de 1987, p. 33.

Los postulados comunes no están en la doctrina socialista, sino en su mutuo jacobinismo. Esa es la matriz que ha hecho posible la convergencia de viejos priistas con marxistas radicales y con viejos comunistas.

En términos generales, la izquierda comunista puede definirse por tres tesis fundamentales: primero, la violencia revolucionaria ("la violencia es la partera de la historia"); segundo, corresponde al Estado (al partido) regenerar al ciudadano; tercero, la convicción de que una nación (la URSS) estaba en la vanguardia del progreso histórico. Esas ideas inspiraron lo mismo a los comunistas europeos que a los latinoamericanos. El elemento más notable en el caso de México es que durante todo el siglo XX el conjunto de las tendencias socialistas —fueran reformistas o no— compartían estos postulados. El socialismo mexicano fue hegemonizado por el pensamiento bolchevique. Ni el Partido Comunista fundado en 1919, ni el Partido Popular fundado diecinueve años después, para no hablar de las corrientes trotskistas, guevaristas o maoístas, fueron ajenas a esa ideología. Se puede incluso, como lo ha hecho Adolfo Gilly, construir una tipología de la izquierda mexicana a partir de la disyuntiva entre la revolución permanente y la revolución por etapas pero, independientemente de esa diferencia, todas las corrientes tuvieron una misma matriz ideológica.² Lombardo Toledano, como los comunistas, vio en la Unión Soviética el amanecer de un nuevo orden social. Los trotskistas, por su parte, apostaban a la revolución y a la dictadura del proletariado con la misma convicción que los comunistas. Ante la URSS las tesis de Trotski eran mucho más críticas, pero reconocían en esa nación una forma de organización económica y social superior al orden capitalista. Por eso Trotski sostenía la tesis de que en el caso de un conflicto armado entre los países imperialistas y el Estado obrero deformado, había que tomar partido a favor de la URSS.

En suma, la izquierda mexicana fue hegemonizada por algo más que el pensamiento marxista (porque marxistas eran también las corrientes socialdemócratas); su socialismo es de corte bolchevique: cree en la necesidad de la revolución violenta, en el partido de nuevo tipo y en la Unión Soviética. De ahí que el hundimiento del socialismo real y la crisis del marxismo-leninismo les atañe directamente y haya puesto (ponga) en entredicho sus señas de identidad.

Sin duda los socialistas mexicanos han cambiado con el tiempo. No son los mismos de hace 20 o 30 años. Pero comenzaron muy tardíamente (y en forma insuficiente) a deshacerse de su bolchevismo. Vale la pena recordar que la influencia del eurocomunismo en el Partido Comunista Mexicano no empezó hasta la segunda mitad de los años setenta. No fue, por lo demás, la versión más osada del eurocomunismo

² *Ibid.*, p. 35.

la que sedujo a los comunistas mexicanos; fue la versión francesa, que sin duda era la corriente más ortodoxa y stalinista. Los comunistas mexicanos renunciaron muy tarde a la tesis de la dictadura revolucionaria. Hasta el XIX Congreso (marzo de 1981) la noción de dictadura del proletariado fue sustituida por la idea de un "poder obrero democrático". Y no fue sino hasta la disolución del PCM cuando desapareció este último concepto. Todavía en 1979, cuando el PCM participa legalmente en las elecciones, el término "reformista" tenía connotaciones peyorativas; se alertaba sobre los riesgos del parlamentarismo y se discutía cómo poner ese trabajo al servicio de la lucha de masas.

Sólo algunos intelectuales abandonaron la tradición bolchevique para buscar nuevas sendas que ponían el énfasis en las reformas y en la democracia. Entre ellos el más notable es, sin duda, Carlos Pereyra. En sus artículos de finales de los años setentas y principios de los ochentas aparecen nuevas preocupaciones que rompen con el bolchevismo³. En ellos cuestionaba la idea del partido vanguardia, criticaba abiertamente al socialismo real, revaloraba el principio de la democracia y las reformas y, finalmente, ponía en duda el carácter socialista de las revoluciones en el tercer mundo. Hay que subrayar que esos avances no fueron lineales. En otros puntos, como la defensa incondicional del régimen sandinista, Pereyra tuvo recaídas en la tradición bolchevique. Su visión del Estado continuó siendo platónica: por eso, junto con casi todos los intelectuales de izquierda, apoyó la nacionalización de la banca en 1982. Como quiera que sea, es indiscutible que Carlos Pereyra, junto con otros, abrió una nueva perspectiva para la izquierda. Sin embargo, su visión apenas tuvo una influencia limitada entre las principales corrientes de la izquierda socialista. Aunque en el PSUM o el PMS desaparecieron conceptos como el de la dictadura del proletariado, esos partidos nunca se deshicieron cabalmente de la tradición bolchevique. No renunciaron a la violencia revolucionaria —aunque ésta se pospusiera indefinidamente—, ni a la necesidad de que el Estado regenera al ciudadano, ni a sus simpatías —atenuadas por algunas críticas— hacia el socialismo real.

LAS RAÍCES JACOBINAS DEL BOLCHEVISMO

¿Cuáles son los orígenes del bolchevismo? La relación entre el pensamiento de Marx y el de Lenin son complejas. No puede decirse que las tesis del segundo fueran la conclusión lógica del pensamiento del primero. O que fueran una simple actualización histórica: el leninismo sería, desde esa perspectiva, el marxismo en la fase del imperialismo. Pero, por otro lado, tampoco es evidente que Lenin sea una negación absoluta de Marx. Hay, además, otra cuestión fundamental: Lenin puso en marcha una revolución. Fue mucho más un hombre de acción que un teórico. Hubo de resolver en la práctica muchas de las lagunas y las contradicciones del pensamiento de Marx. Pero si el líder de la Revolución bolchevique pudo construir su pensamiento y orientar sus acciones en nombre del autor de *El Capital*, fue porque en la obra de éste había tesis que admitían una interpretación como la de Lenin.

¿Cuáles son estas tesis? Lo fundamental está en la crítica marxista del Estado que, a contrapelo del liberalismo, pone

en cuestión la esencia misma del poder. Para Marx toda relación de dominación es una forma de opresión y alienación. La verdadera sociedad libre se contraponen radicalmente al poder y al Estado. Aunque Marx nunca escribió el libro sobre el Estado que proyectaba el plan original de la *Crítica de la economía Política*, su visión de la política se resume en un principio rector: independientemente de la forma que pueda tener, el Estado es siempre una forma de dominación de una clase sobre otra, cuyo sentido último es posibilitar la producción y reproducción de las relaciones de explotación. El Estado, pues, no es otra cosa que la dictadura de la clase dominante. Por eso Estado y sociedad libre son conceptos antagónicos. Sin embargo, a diferencia del anarquismo, Marx consideraba que la emancipación del proletariado no podía lograrse sin la conquista del poder. De ahí la polémica contra los anarquistas que postulaban la destrucción del Estado. La revolución debía, por el contrario, sustituir la dictadura de la burguesía por una dictadura revolucionaria: la dictadura del proletariado. Pero la clave de esa dictadura obrera estaba en su carácter transitorio. El Estado tendería a desaparecer conforme avanzara la revolución. Sólo así se podía justificar el poder revolucionario.

Los anarquistas siempre vieron en la tesis de Marx una contradicción: no se podía postular la toma del poder y la destrucción del Estado al mismo tiempo. Si el Estado no era destruido terminaría por imponerse a la sociedad. No les faltaba razón. La tesis de Marx está plagada de contradicciones: por una parte, da por sentado que se puede deslindar la administración de las cosas de las relaciones sociales; que se pueden conservar las funciones propias de la administración pública y suprimir, al mismo tiempo, las relaciones de dominación. Pero semejante supuesto es insostenible: no se puede administrar las cosas sin administrar a las personas, es decir, sin ejercer relaciones de dominio y poder sobre los individuos. No es casual que una de las grandes lagunas de la obra de Marx sea una reflexión sobre el fenómeno de la burocracia.⁴

Por otra parte, la *Crítica de la Economía Política* pone en cuestión la racionalidad del modo de producción capitalista. El capitalismo, según Marx, se basa en la explotación y no puede funcionar sin crisis económicas recurrentes. La célula de ese orden social es la mercancía. El primer tomo de *El Capital* comienza con un análisis detallado de las relaciones que hacen posible que el valor de uso se transforme en valor de cambio. Marx desentraña todo el sentido de la sociedad burguesa como una producción constante de valor para la acumulación: "¡Enriqueceos! Es la ley de los profetas". La finalidad no es la satisfacción de las necesidades, sino la acumulación de las ganancias. El beneficio del capitalista se funda en la explotación de los trabajadores, pero ésta no depende de una violación de las leyes del intercambio sino de su plena realización. El capitalista paga el "justo" valor por la fuerza de trabajo. Imposible abolir la explotación sin suprimir la relación salarial. La contradicción entre el capital y el trabajo es antagónica. No admite términos medios. Tampoco admiten términos medios las crisis económicas; fenómeno congénito a un sistema que se regula por el intercambio.

⁴ Esa laguna fue advertida por Octavio Paz y otros desde los años sesentas. Cfr. Octavio Paz, *Corriente alterna*, Siglo XXI, México, 1988, primera edición 1967.

³ Cfr. Carlos Pereyra, *Sobre la democracia*, Cal y arena, México, 1990.

Una economía que produce para el cambio y no para satisfacer las necesidades termina por subordinar al hombre a la acumulación. En dos palabras: así como la clave de la alienación está en la mercancía y en el mercado, la clave de la emancipación está en su supresión.

Pero, además, la división del trabajo y el funcionamiento de la industria le parecían otras formas de enajenación. En esa crítica radical del mercado y la división del trabajo hay —como bien lo percibió Raymond Aron— un aliento romántico y premoderno. La utopía comunista suponía el fin del Estado, del mercado y de la misma división del trabajo. Se proponía la restitución de una comunidad de hombres plenos y satisfechos. Pero en tanto se alcanzara ese estadio de la humanidad, el mercado debería ser sustituido por otra forma de regulación. Una planificación que permitiera ordenar la producción para la satisfacción de las necesidades sociales e individuales. Marx nunca se preocupó por precisar tales mecanismos. Pero la supresión de la propiedad privada y del mercado no dejaba otra alternativa que la planificación estatal. De este modo, el supuesto carácter transitorio de la dictadura del proletariado entra en contradicción con las necesidades más elementales de la reproducción del nuevo orden social. La visión anarquista de largo plazo fue literalmente devorada por las necesidades de corto y mediano plazo. Esa contradicción (entre el ideal anarquista y la práctica estatista) se manifestó en todas las revoluciones triunfantes: primero en la URSS y después en los regímenes socialistas de Europa Oriental, China, Cuba y Vietnam. El fortalecimiento del Estado y la lógica totalitaria no fueron el efecto del cerco y la agresión imperialista, sino que se encontraban *in nuce* en los propios postulados marxistas.

Hay, finalmente, un tercer elemento que es igualmente importante: Marx piensa en la dictadura del proletariado como un poder comisarial que debe conducir el proceso de emancipación de toda la sociedad. La idea de que una clase encarna los intereses superiores de la humanidad no tiene nada que ver con el principio de la democracia. Marx confiaba en que las contradicciones sociales y económicas del capitalismo desembocarían de manera natural en la revolución proletaria. Por eso descartó que el capitalismo pudiera salvar sus contradicciones mediante la reforma del sistema económico o político. De allí su convicción de que la lucha por el salario o por el sufragio universal desembocaría en la abolición del capital y el Estado. El dilema para Marx no era elegir entre la reforma y la revolución. Para él, el verdadero sentido de las huelgas y las protestas no era mejorar la situación de los obreros, sino abolir la civilización burguesa.

Todos estos elementos fueron reformulados y organizados por Lenin en la teoría del partido revolucionario. El marxismo, doctrina científica, debía fusionarse con los sectores más conscientes de la clase obrera. De esa suma nacería el partido bolchevique de vanguardia. Su visión científica de la sociedad y la historia le permitiría guiar al conjunto de la clase obrera hacia la revolución socialista. En el pensamiento de Marx el sujeto central y único del movimiento revolucionario es la clase obrera; en el de Lenin es el partido bolchevique. Para Marx, la clase obrera encarna los intereses de emancipación de toda la humanidad; para Lenin, el partido es el cerebro y la conciencia de la clase obrera. De aquí el principio de que el Partido nunca se equivoca y siempre tiene la razón.

Lenin resolvió en la práctica las contradicciones y las lagunas de Marx. El mundo planificado y la lucha contra los contrarrevolucionarios obligaban a fortalecer al Estado; por eso no titubeó ante el uso del terror para "defender la revolución". No sólo eso, a principios del siglo XX era evidente que Marx se había equivocado: la clase obrera no era por naturaleza revolucionaria; no se había convertido de manera natural en el sujeto capaz de conquistar y ejercer el poder. La organización revolucionaria —el partido de vanguardia— terminó siendo el único mecanismo efectivo para cumplir tales tareas.

Las raíces del bolchevismo son dos: por el lado de la doctrina está, sin duda, el marxismo. Pero por el lado de los problemas prácticos está la tradición de la Revolución Francesa. El jacobinismo puede entenderse de múltiples maneras: la indivisibilidad de la soberanía nacional, la vocación de Estado para transformar la sociedad, la centralización gubernamental y administrativa o la regeneración de los hombres mediante la escuela republicana. Pero, tal como afirma Furet, la figura dominante es siempre la misma: *la autoridad pública soberana e indivisible que domina a la sociedad civil*. Su corolario es la *acción estatal para la emancipación y la transformación radical de las instituciones sociales: los individuos*.⁵ La creencia en el enorme poder de la política desemboca en la idea del partido revolucionario. No es casual que los jacobinos hayan sido los primeros en asumir se como la vanguardia de la Revolución Francesa y hayan corrido al terror para aniquilar a los enemigos de la nación. Bien visto, el terror es el momento culminante de la lógica revolucionaria: los enemigos no admiten otro trato que el de su aniquilamiento. La violencia es, en ese sentido, la partera de la historia y del nuevo orden. Esa concepción que nació en el siglo XIX, alcanzó su máxima expresión en el siglo XX: con el partido leninista.

AFINIDADES ELECTIVAS

El 6 de julio se encontraron dos tradiciones jacobinas: la de la izquierda socialista y la de la Revolución Mexicana. No fue la primera vez. En los años posteriores a la Revolución y durante el sexenio cardenista se registraron varios acercamientos. Lombardo Toledano los ejemplifica y personifica mejor que ningún otro. No es claro, como algunos pretenden,⁶ que Lázaro Cárdenas haya tenido un proyecto socialista. Pero no cabe duda de que confiaba en dos principios fundamentales: la violencia revolucionaria y la capacidad del Estado de crear un nuevo tipo de ciudadano. Cárdenas era y se veía así mismo como el líder de una revolución triunfante que debía completar su obra. Una revolución que se había hecho por la fuerza y que no estaba dispuesta a ceder el poder en las urnas. El general no sólo creía en la violencia revolucionaria sino que de ella derivaba la legitimidad histórica de su proyecto y su gobierno. En ese mismo sentido, la educación socialista no fue un simple devaneo; fue la expresión de una convicción profunda: la necesidad de producir ciudadanos que tuvieran valores y comportamientos solidarios. Por eso reivindicó hasta el final de su vida el principio de la educación

⁵ Cfr. "Jacobinisme", en François Furet y Mona Ozouf, *Dictionnaire critique de la révolution française*. Flammarion, Paris, 1988.

⁶ Cfr. Adolfo Gilly, "Los dos socialismos mexicanos", ya citado.

socialista.⁷ Había, finalmente, una simpatía abierta por la revolución socialista de la Unión Soviética. En términos generales, los sucesos de la URSS fueron observados como un paso adelante en el progreso histórico.

Sería absurdo confundir el jacobinismo de la izquierda socialista con el de Lázaro Cárdenas. Las diferencias son muy importantes. Cárdenas no apostó por la completa estatización de la economía ni por la destrucción de la propiedad privada, es decir, de la burguesía. Sin embargo veía con desconfianza, es lo menos que se puede decir, los principios de la propiedad privada y de la economía de mercado. Las raíces de esa desconfianza se hunden en la historia de la Colonia; en el carácter tutelar y patrimonialista del Estado durante ese periodo histórico. Pero, al mismo tiempo, la influencia socialista es particularmente visible en la propuesta del ejido colectivo. El eco de los koljoses de la URSS y su desconfianza respecto de la propiedad privada y el mercado permean todo el impulso de la organización colectiva de los ejidatarios.⁸

El cardenismo y la izquierda socialista tienen la misma matriz política: el jacobinismo. Por eso, más allá de sus diferencias, encontraron puntos de convergencia en los años treinta, se acercaron en los sesentas con el Frente de Liberación Nacional y se unificaron en los ochentas. No es ocioso añadir que la posición de Lázaro Cárdenas hacia el final de su vida era todavía más cercana a las tesis socialistas.

Otro punto importante de esa convergencia es el antiimperialismo. Para Cárdenas era un dato de nuestra historia nacional. Para los socialistas era la fase superior del capitalismo. En ambos casos era el enemigo irreductible que había que vencer para consolidar la nación o para avanzar en la construcción del socialismo. No hay que olvidar que las corrientes reformistas de la izquierda identifican la construcción de la nación con la lucha antiimperialista. La importancia del antiimperialismo creció después de la Revolución Cubana y de la influencia que ésta tuvo en todo el continente latinoamericano. Desde esa perspectiva, las relaciones del cardenismo con el socialismo pueden verse como un largo proceso en el que aumentan los puntos de convergencia.

El jacobinismo cardenista y el de la izquierda socialista culminaron de manera natural en México en el estatismo. Los antecedentes sobran. Lenin proclamó que el comunismo era los soviets más la electrificación y admitió que en el caso de la URSS el capitalismo de Estado constituía un progreso. Pero más allá de las frases, el socialismo real no podía funcionar sin una completa estatización de la economía y de todos los órdenes de la vida social. En México, la propiedad de la na-

ción se confundió con la propiedad estatal.⁹ El movimiento de Rafael Galván, con profundas raíces cardenistas, postulaba la estatización de la economía y veía en el gobierno de Echeverría un aliado histórico. Eso también explica que casi la totalidad de la izquierda apoyara la nacionalización de la banca en 1982.

EL LABERINTO DEL 6 DE JULIO

En el Frente Democrático Nacional convergieron, por vez primera, todas las corrientes de la izquierda: desde el Partido Popular Socialista hasta militantes trotskistas y maoístas, pasando por los priistas inconformes y los comunistas. Inútil hacer un recuento de las diferencias teóricas, políticas e históricas que existen entre todas esas corrientes. Mencionemos sólo dos: mientras que el Partido Popular Socialista apoyó al gobierno de Díaz Ordaz durante la represión del 2 de octubre, la mayoría de los militantes de la izquierda radical (trotskistas, maoístas, guevaristas) vieron en los sucesos de Tlatelolco la quiebra definitiva del régimen de la Revolución Mexicana. La consigna de los grupos más radicales de aquellos años contra el gobierno de Echeverría era elocuente: "No queremos apertura, queremos revolución". No todas las organizaciones de la izquierda socialista compartían esta tesis, pero prácticamente todos estaban de acuerdo en que la Revolución Mexicana había perdido su vigencia y que era necesario ir hacia adelante, hacía una nueva revolución. Veinte años después, una buena parte de la generación del 68 y de los dirigentes del movimiento estudiantil deciden sumarse a la campaña de Cuauhtémoc Cárdenas. El programa del FDN nunca fue claramente definido. Pero la propuesta general del candidato presidencial era retomar los principios esenciales de la Revolución Mexicana. Esos principios que, según esa versión, guiaron las decisiones del sexenio 1934-1940, pero que después fueron abandonados, cuando no traicionados. Desde 1940 en adelante se habría perdido el rumbo¹⁰. Si bien, algunos postulaban que durante el gobierno de Luis Echeverría había habido un intento (malogrado) de rectificación y de vuelta a una política nacionalista y popular.

No deja de ser paradójico que "la generación del 68", que proclamó la muerte de la Revolución Mexicana, haya terminado enarblando el programa de la vuelta a los orígenes de ese movimiento. Pero en realidad, los motivos por los que las distintas organizaciones de izquierda apoyan a Cuauhtémoc Cárdenas son tan disímiles como las siglas de las organizaciones que integraron el FDN. Para unos, Cárdenas representa una posición nacionalista pequeñoburguesa que hay que impulsar para desembocar en un movimiento radicalmente anticapitalista. Para otros, el nacionalismo revolucionario es la única salida en las circunstancias actuales de México. Todos coinciden en la necesidad de luchar contra la nueva política del imperialismo, el "neoliberalismo", que pone en cuestión la soberanía nacional. Desde el punto de vista económico se trata de defender el sector paraestatal y oponerse, primero,

⁷ "La reforma educativa tiene que corresponder a las necesidades del desarrollo independiente a las exigencias de una sociedad que sabe ya valorar el trabajo justamente compensado, la adquisición universal de la enseñanza y la salud en la solidaridad social como principales premisas para una fructífera convivencia.

Ante las previsibles circunstancias históricas que actualmente imperan, se instituyó hace treinta y cinco años la educación socialista en México bajo esos lineamientos. El camino entonces trazado hubiera hecho menos difícil el tránsito a un orden social que hoy se abre paso en medio de violentas contradicciones" (Lázaro Cárdenas, *Obras IV, Apuntes 1967-1970*, UNAM, México, 1974, p. 223).

⁸ Cfr. Enrique Krauze, "Zapata contra Cárdenas", *Textos beréuticos*, Grijalbo, 1992.

⁹ Cfr. Arnaldo Córdova, "Nación y nacionalismo en México", *Nexos* 83, noviembre de 1984.

¹⁰ Cfr. Cuauhtémoc Cárdenas, "Los tapados" (discurso pronunciado en Monterrey el 26 de marzo de 1987) en *La corriente democrática*, Editorial Posada, México, 1987.



La ola, Bronce, 1988.

a la apertura de la economía y, luego, al Tratado de Libre Comercio. Entre muchas organizaciones de izquierda cuenta un cálculo pragmático: las masas están con Cárdenas y el deber de los revolucionarios es estar allí donde están los obreros y los campesinos. No ha faltado quien ha descubierto un inconsciente colectivo, una identidad secreta del pueblo, que estaba esperando su líder y su programa. Esa notable convergencia, verdadera torre de Babel, sólo es posible porque todos provienen de una misma tradición política. Todos creen en la necesaria preeminencia del Estado.

El mito en torno a la elección presidencial de 1988 responde a la heterogeneidad de las fuerzas que apoyan a Cárdenas y a la dificultades que supone un acuerdo programático. Los resultados del 6 de julio se han querido convertir en la prueba tangible de que existe un verdadero sujeto colectivo con una identidad revolucionaria y progresista. De esa convicción deriva la estrategia postelectoral del movimiento neocardenista. Una mayoría orgánicamente constituida que se expresará políticamente en el partido de Cuauhtémoc y que de berá acumular fuerzas para derrotar a los enemigos de la nación. Más allá de la supuesta usurpación (Cárdenas ganó la elección pero le fue arrebatada), la idea de luchar contra enemigos irreductibles sirve para unificar a las diferentes corrientes.

En la torre de Babel neocardenista se hablan muchas lenguas, pero todos están de acuerdo en quiénes son los enemigos inmediatos y en la necesidad de derrotarlos —aniquilarlos— políticamente. Este es un componente fundamental de la lógica revolucionaria. Forma parte de los principios esenciales

de la tradición jacobina y está inscrito en la memoria histórica de todos los actores involucrados. Cárdenas padre derrotó a los enemigos de la revolución con el reparto agrario, del mismo modo como Lenin y las revoluciones socialistas se impusieron sobre la burguesía. Por eso, en el imaginario de los intelectuales y los militantes del PRD la referencia a los "nuevos científicos" es recurrente. A finales del siglo XX, México estaría en una situación similar a la del porfiriato en los años noventa. El reclamo democrático puede y debe transformarse en la demanda inicial para restituir los principios básicos de la soberanía y de una política popular. No extraña, por lo tanto, que la estrategia del PRD se haya visto influida por la experiencia de las revoluciones en Europa del Este. De ahí la tesis de una amplia convergencia de toda la sociedad civil para enfrentar al llamado partido de Estado (PRI).

Pero esa "convicción democrática" no se extiende al régimen de Fidel Castro. Se postula, por el contrario, el apoyo a la Revolución Cubana contra el imperialismo norteamericano. Lo que seduce de la experiencia europea no es el postulado democrático, sino la idea de un frente amplio para aniquilar a los "científicos" enquistados en el Estado. No se puede explicar de otro modo la facilidad con que el modelo se quiso aplicar en México y la ceguera ante la situación cubana. ¿Cómo no tener presente lo que escribí, por ejemplo, Pablo González Casanova sobre la experiencia cubana y la carta que le envié al respecto Cuauhtémoc Cárdenas? Según el sociólogo mexicano: "Tal vez desde Montesquieu no se ha pensado en un equilibrio de poderes, soberanías y autonomías populares y democráticas tan eficiente y posible como éste (el cubano)".¹¹ Más allá de la incongruencia, la posición de la izquierda ante el régimen de Fidel Castro expresa una profunda crisis moral. Y ésta es por partida doble: los ex priistas defienden un programa democrático, pero olvidan su pasado reciente. ¿Cuáles son sus verdaderas convicciones? ¿Hasta dónde llega su pasión democrática? Son preguntas que aún esperan respuesta. Por el lado de la izquierda socialista las cosas no son menos complicadas y oscuras. ¿Qué hay de su defensa de los regímenes totalitarios? ¿De sus denuncias contra los disidentes? ¿Hasta dónde llega su tolerancia y el respeto del adversario? La defensa del régimen cubano no es la mejor manera de responder a esas y otras muchas preguntas. Más bien explica por qué persisten las dudas sobre la súbita conversión democrática de los jacobinos de uno y otro signo.

HACIA UN NUEVO CENTRO POLÍTICO

La crisis del socialismo es un fenómeno universal. Afecta lo mismo al paradigma comunista que al Estado interventor y benefactor. El éxito y la popularidad del gobierno conservador de Margaret Thatcher no se puede entender sin tomar en cuenta la crisis del modelo laborista de intervención estatal. Algo parecido sucedió en Francia. El programa de nacionalizaciones con el que Mitterand llegó al gobierno en 1981 entró en crisis 5 años después. Desde entonces gobierna con

¹¹ Pablo González Casanova, "Pensar en Cuba", *La Jornada*, 26/11/1992. El comentario de Cárdenas no es menos notable: "Confío en que la realidad confirmará las hipótesis que se presentan en ese ensayo y que veremos cómo 'la lucha por el socialismo democrático en el mundo va a pasar por Cuba'" (Cuauhtémoc Cárdenas, *La Jornada*, 26/11/1992).

un programa económico muy semejante al de la derecha francesa. Nadie plantea ya una política económica centrada en la intervención del Estado y en las regulaciones burocráticas. En esta lista se puede incluir también el caso del gobierno socialista de Felipe González en España.

Como efecto del desplazamiento de la izquierda se está produciendo una convergencia cada vez mayor entre las corrientes liberales y las socialistas. Este fenómeno se ha acentuado con el hundimiento del socialismo real. Prevalece, cada vez más, salvo en algunos grupos hiperideologizados, la tendencia a considerar de manera pragmática la intervención del Estado en la economía. En ese sentido no son los liberales los que han cambiado, sino los socialistas los que han abandonado su viejo programa. La economía de mercado aparece como un campo neutral que admite soluciones de orden eminentemente técnico. Casi todos, a la izquierda o a la derecha, parten de que es indispensable buscar y lograr equilibrios macroeconómicos sin los cuales no puede haber un desarrollo estable. En torno al principio de la economía de mercado hay un consenso prácticamente universal: es el mecanismo más simple y eficaz para regular las sociedades complejas. Se puede discutir el grado de regulaciones necesarias, pero nadie discute el principio mismo. Este giro se puede sintetizar en una frase: los socialistas admiten la propiedad privada y la libertad de emprender como uno de los derechos básicos de los individuos. La libertad económica es un componente esencial de la libertad *tout court*. Michel Rocard lo ha expresado con toda claridad: "De hecho, es necesario ponerle límites al mercado. Pero una sociedad sin mercado es una sociedad sin libertad".¹²

Si en el campo de la economía el paradigma liberal salió mejor librado que el socialista, en el campo de los derechos sociales los liberales evolucionaron hacia preocupaciones sociales. Esta tendencia no es nueva. Comenzó desde el siglo pasado con John Stuart Mill. Lo novedoso está en que, salvo las corrientes más ortodoxas, los liberales asumen los derechos sociales como un componente fundamental del Estado de derecho. La discusión no gira en torno de si se deben salvaguardar o no los derechos sociales, sino sobre la forma más eficaz de hacerlo. Las políticas de bienestar social —al igual que las políticas económicas— deben ser racionalizadas para maximizar el uso de los recursos. El verdadero debate está en cómo hacerlo y con qué instrumentos.

Estamos, pues, en el plano internacional, ante una ampliación del centro político y un debilitamiento de las posiciones extremistas. Ese mismo fenómeno se puede apreciar desde otra perspectiva: la ecología se ha convertido en una preocupación universal. Mientras las ideologías se debilitan cada vez más, la ecología se fortalece y ocupa su lugar. La Cumbre de Río y la caída del Muro de Berlín resumen este fin de siglo.

En México, ese mismo fenómeno ocurre de manera contradictoria. Por una parte, el programa de modernización del gobierno, y su definición como un liberalismo social, se inscribe en las tendencias universales que mencionamos arriba. Entre el nacionalismo revolucionario y el liberalismo social hay una enorme distancia. Con la reforma del Estado y el fin del discurso comisarial se reconoce el derecho a la alternancia.



Pájaro sobre la ola. Bronce, 1990.

La legitimidad no se funda en la revolución sino en el sufragio. Se rompe la lógica de los enemigos irreductibles y se asume la de los adversarios leales. Al mismo tiempo, el centro político se ha ampliado. El Partido Acción Nacional no tiene diferencias sustanciales con el proyecto del gobierno de la República. No las tiene por el lado del fortalecimiento de los mecanismos de mercado; pero tampoco por el de los derechos sociales. La doctrina social de la Iglesia reconoce y postula la justicia social.

El elemento disonante está en la izquierda. El PRD ha quedado atrapado en la vieja visión estatista y ha hecho de ella una cuestión de principio. A partir de allí ha definido el proyecto y el discurso del gobierno de la República como neoliberal. Por eso confunde cualquier intento de racionalizar las políticas de bienestar social con la intención de liquidar los derechos sociales. Su visión de la economía y la intervención del Estado sigue siendo ideológica: denuncia la venta de paraestatales como un atentado contra la soberanía nacional.

El PRD se ha autodefinido como un partido de centroizquierda. Sin embargo sus postulados centrales se han vuelto anacrónicos. Mantiene, en más de un sentido, una visión jacobina de la lucha política; por eso, mientras no rompa con su pasado no logrará esbozar una nueva identidad. ¿Lo conseguirá? Imposible adelantar vísperas. Aunque, a decir verdad, no hay mucho margen para ser optimistas. Pero si de algo no hay duda, es de que la izquierda mexicana será moderna o no será. □

¹² "Entrevista con Michel Rocard", *Dissent*, invierno de 1991.